

¡Luz y gotas bendecidas,
Manifestaciones sacras
De que el sol de las virtudes
Radiante mora en tu alma!
Corre al zaguán, y á la puerta
Echale la férrea tranca,
Por si con llave y cerrojo
No estuviese bien guardada.
Adiós: no me des la mano
Y enjuga esas dulces lágrimas;
De mi nombre en tu memoria
No más conserves la mancha,
Que el aire crudo de Enero
El tierno pimpollo abrasa;
Que dará sombra la encina
A las flores delicadas,
Pero sus caricias nunca,
Pues son muy duras sus ramas;
Que la experiencia en amores,
Suele más bien ser infamia.

DON MIGUEL COSTA

EL PINO DE FORMENTOR

Electus ut cedri.

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera:
De cedro es su ramaje, de césped su verdor;
Anida entre sus hojas perenne primavera,
Y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
Añoso luchador.

No asoma por sus ramas la flor enamorada,
No va la fuentecilla sus plantas á besar;
Mas bñase en aromas su frente consagrada,
Y tiene por terreno la costa acantilada,
Por fuente el hondo mar.

Al ver sobre las olas rayar la luz divina,
No escucha débil trino que al hombre da placer;
El grito oye salvaje del águila marina,
Ó siente el ala enorme que el vendaval domina
Su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento;
Retuerce sus raíces en duro peñascal.
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento

Y cual viejo profeta recibe el alimento
De efluvio celestial.

¡Árbol sublime! Enseña de vida que adivino,
La inmensidad augusta domina por doquier.
Si dura le es la tierra, celeste su destino
Le encanta, y aun le sirven el trueno y torbellino
De gloria y de placer.

¡Oh! sí: que cuando libres asaltan la ribera
Los vientos y las olas con hórrido fragor,
Entonces ríe y canta con la borrasca fiera,
Y sobre rotas nubes la augusta cabellera
Sacude triunfador.

¡Árbol, tu suerte envidio! Sobre la tierra impura
De un ideal sagrado la cifra en tí he de ver.
Luchar, vencer constante, mirar desde la altura,
Vivir y alimentarse de cielo y de luz pura...

¡Oh vida, oh noble sér!

¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo,
Y en las austeras cumbres arraiga con afán.
Verás al pie estrellarse las olas de este mundo,
Y libres como alciones sobre ese mar profundo
Tus cantos volarán.

EN LAS CATACUMBAS DE ROMA

¡Salve, callada y fúnebre
Ciudad del Dios viviente,
Inextricable dédalo,
Cuyo opresor ambiente
De tumba, da al espíritu
Auras de vida y luz!

¿Qué templo de oro y mármoles
Tan sacro afecto imprime
Como tus ciegos ámbitos,
Que en tosquedad sublime
Narran aún los inclitos
Trofeos de la Cruz?

Mirad: de abiertos lóculos
Se cruzan galerías
Sin cuento, y otras ábrense
Mas hondas y sombrías,
Y otras aún... Ni límite
Ni vida aquí se ve.
Cavando el *Fossor* místico
Trazó ese plan profundo:
Son minas del espíritu
Que han deribado un mundo;
Son las raíces húmedas
Del árbol de la fe.

Aquí al bajar los mártires
Tras el combate cruento
Dormían, como héroes
De vuelta al campamento,
Hasta que trompa bélica
Los llame al nuevo albor.
Sólo una palma, un título,
Por signo de victoria,
Ó breve alguna súplica
Decían la alta gloria
De luchas que á los ángeles
Causaran estupor!

Aquí en angustos símbolos
El arte, ya cristiano,

De pensamiento altísimo
Nació y de tosca mano.
Sobre estos muros lóbregos
Sus rasgos contemplad.—
Las manos abre en éxtasis
La austera, blanca *Orante*;
El *Buen Pastor* alégrase,
Que halló la oveja errante;
Reparte el *Pan* multiplique
Festín de caridad...

Lanza á Jonás incólume
El monstruo en firme orilla;
Resurge el muerto Lázaro;
Y libre la avecilla
Vuela al paradisiáco
Ramo de olivo en flor...
Do quiera emblemas fúlgidos
De un infinito anhelo,
Entre terror y lágrimas
Arcanos de consuelo,
Ungidos en el bálsamo
Del Verbo Redentor!

Al pie de estas imágenes,
Oculto á los profanos,
El rito sacratísimo
Unía á los hermanos
En Cristo Dios, partícipes
Del Cáliz y del Pan.
Aroma y pías lámparas
Gozaba el aire inerte,
Henchíase de cánticos
El reino de la muerte,

Ó en él voz apostólica
Se oía con afán.

Así de tantas víctimas
En el sepulcro mismo,
Atletas educábanse
De nuevo al heroísmo;
Crecía el pueblo innúmero
De un solo corazón.
Aquí los catecúmenos
Lograban su alma fuente,
Su velo aquí las vírgenes,
Y el triste penitente
Hallaba en penas ásperas
Dulzuras de perdón.

Quizá á deshora el huérfano,
La viuda solitaria,
Junto á reciente túmulo,
Dejaban su plegaria
En fresco ramo ó trémula
Lucerna sepulcral.
Susurro cual de espíritus
La gran quietud tenía;
Un estro apocalíptico
Vibraba en torno... Hervía
La sangre de los mártires
En urnas de cristal!

¡Y en tanto estremecíanse
Los huesos, de esperanza!
Tal bajo glebas húmedas
El grano que se lanza,
Palpita deshaciéndose,
Su fruto al presentir...

El asperón volcánico
La muerte aquí profunda
Sembraba, y la necrópolis
Sentíase fecunda
Con los sagrados gérmenes
De inmenso porvenir.
¡Oh! cuando aquellos Césares
De omnipotente solio,
En pompas augustísimas
Subiendo al Capitolio,
Uncian reyes bárbaros
Al carro triunfador;
Y el *salio* cantar pristino
Decía el ado eterno
De la Ciudad de Rómulo,
Y universal gobierno
Le prometía el áuspice
Con ojo escrutador;
¿Quién ya la herencia altísima
Buscara del imperio
En estos antros fúnebres,
Do en sangre y vituperio
Ahogada al fin creíase
La *insania* de la Cruz?
Mas ya en sublime vértigo
Giraba aquí el destino;
Y á la imperial catástrofe
Del gran poder latino
Adelantóse el lábaro
De Cristo en plena luz.
Y entonces, de sus númenes
Desierta ya la altura,

Vió Roma sacras pléyadas
De tanta sepultura
Surgir... Miró sus víctimas
Al mundo sojuzgar.
Vió coros de Pontífices,
Ancianos y matronas,
Varones y albas vírgenes,
Con palmas y coronas,
Entre el incienso y cánticos
Del nuevo, puro altar.
Mas ¡ah! la *Orante* mística,
De Cristo eterna esposa,
En templos ya de pórfido
Y en luz esplendorosa,
Su heroico asilo lúgubre,
Su cuna no olvidó.
No desdeñó en su púrpura
Bajar á estas moradas:
Aquí guardó á sus inclitos
Las tumbas no violadas,
Y en áureo metro Dámaso
Sus lápidas ornó.
Y hoy mismo, tras larguísimas
Edades de alto olvido,
Después que este depósito
Sagrado fué esparcido,
Cuando ni ya una lápida
Entera es dado hallar,
Repiten sacros cánticos
Las grutas más sombrías,
Y ven, de nuevo abriéndose,
Cegadas galerías

Piedad y ciencia unánimes
Su sombra penetrar.

Ved: la suprema Víctima
De nuevo aquí se ofrece;
De flores y de lámparas
Ornado resplandece
Abierto algún sarcófago,
Como llamando á sí.
Es que la *Orante* présaga
Los tiempos ha previsto,
Y cuando el siglo apóstata
Rechaza más á Cristo,
Atrae ella los ánimos,
Atráelos aquí...

Lo quiere Dios. Juntémonos
En sola un alma, hermanos;
Y, de la fe por símbolo,
Antorchas en las manos,
Crucemos la necrópolis
En vaga procesión.
El himno de los mártires
En sus abiertas tumbas
Resuene, y con el hálito
De tantas catacumbas
Temple en vigor pacífico
Cristiano el corazón.

ADIÓS Á ITALIA

(NAVEGANDO POR EL GOLFO DE GÉNOVA)

En la orilla lejana va esfumándose
Cual leve niebla la ciudad marmórea,
Y el encantado litoral Ligúrico
Se pierde en vagos ópalos.

Ya en la azul vaguedad supremas cúspides
Véense tan sólo por la nieve cándidas,
Como blancos cendales con que el último
Lejano adiós prolongase.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
Mas al dejarte los afectos íntimos
Vibrar siento en el ánimo.

Huellas no dejo en tí; mas en mi déjalas
Hondas tu numen, y doquier la ráfaga
Me lleve del destino, allí tus pléyades
Veré de gloria fúlgidas.

Por tus ciudades, peregrino incógnito,
Solitario pasé. Mi oculta cítara
Sólo confió sus notas al olímpico
Silencio de tus mármoles.

Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga
De luz y encantos, me hechizó Parténope;
Y al cráter me asomé, y vi á la víctima
Pompeya abrir su túmulo.

Contóme grave su leyenda mística
Úmbria la verde, al pie de sus acrópolis;
Y allá me embelesó Florencia plácida
Entre olivares áticos.

Bañé en serenidad paradisiáca
El alma absorta sobre el Lario límpido;
Y á Milán acaté, que al llano Insúbrico
Muestra sus cien pináculos.

En la docta penumbra de sus pórticos
Acogióme Felsina; y la Adriática
Reina oriental me reveló poéticos
Arcanos en su góndola.

Ya por un lustro en su recinto clásico
Roma la grande dilató mi espíritu,
Y en la suprema universal Basilica
Cíñome el sacro cingulo.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
Mas al dejarte los afectos íntimos
Vibrar siento en mi ánimo.

Palenque de la historia, alta metrópoli
De la cultura y de la fe, prolífica
Madre de genios, por el arte espléndida,
Salud ¡oh tierra itálica!

Reina del gran destino, nunca apóstata
Reniegues de la Cruz, que un día fúlgida
Consagró para siempre con el lábaro
Tu frente sibilitica.

DON JUAN ALCOVER

LÁLAGE

A mi amigo Francisco Maura y Montaner.

En el festín, mancebas y patricios
Procuran olvidar la angustia sorda
Que, entre la podredumbre de los vicios,
Del corazón de Roma se desborda.

Brilla el cielo purpúreo de la tarde;
El Tiber imperial la quinta besa
Donde en placeres capulosos arde
La turba, en torno de la rica mesa.

Labios que beben en doradas copas;
Cuerpos que caen de Falerno ahitos;
Lujuria, desnudez, flotantes ropas,
Besos, flores y cánticos y gritos...

Y en medio del placer y el desenfreno,
Está Mevio, callado y pensativo,
Á la algazara juvenil ajeno,
Á las caricias del amor esquivo.

Sentándose á sus pies, Lálage hermosa,
—¿Qué tienes?—le pregunta.—¿Por qué callas?

¿Qué pensamiento abrumador te acosa?
¿Con qué sombra fatídica batallas?

¿Te asusta que Nerón me haya mirado
Codicioso, tal vez? ¿Temes que, inerme,
Sea mi cuerpo sin piedad violado,
Sin que pueda tu mano defenderme?

Son celos de niño... Si la hiena
Olfatea mi rastro... este es mi pecho;
Ahí está tu puñal: hiere sin pena,
Y arrástrame Nerón hasta su lecho.—

Mevio, que es un cerebro que se inflama
Ó se apaga, en la brusca alternativa
De su fuego interior, movable llama
Que arde tan pronto abajo como arriba,

Ante este arranque, de Lucrecia digno,
Sonrió con equívoca mirada,
Y la mano pasó, grave y benigno,
Por los negros cabellos de su amada.

—Sí, le responde, en el tirano pienso;
Pero no has de morir. Quiere tu suerte
Que á Roma salves del oprobio inmenso.
Entrégate á Nerón, y dale muerte.

Me duele que esa boca y ese busto
De náyade gentil, su carne abrase;
Me duele, sí, que el huracán agosto
Sobre la flor de tu belleza pase.

Mas fuera en mi puerilidad y crimen
Que, avaro de tu cuerpo, malograra
La ocasión de aliviar á los que gimen
Que el Dios de la venganza nos depara.

¿A qué disimular? Perdí la cuenta
De los otros amantes que has tenido.

Bien puedo ver mañana, sin afrenta,
Que una hora Nerón tu amante ha sido.

Una hora: la última... Sucede
Al hartazgo brutal, sueño profundo...
Entonces, en su boca verter puede
Tu mano el filtro que liberte al mundo.

El morir de vejez ya no se estila.
¿Conoces á Locusta, la hechicera,
Que abrasadores tósigos destila,
Como aquel que Británico bebiera;

Como aquel cuyas huellas descubria
La lluvia, destiñiendo su semblante,
Mientras cruzaba el féretro la vía,
En medio de la plebe sollozante?

Ya, por el escarmiento aleccionada,
Locusta sus brebajes elabora
Como place á Nerón y á mí me agrada:
Que maten sin dejar huella traidora...

¿Nerón, piadoso príncipe!... Paulina
Se dispone á seguir á su marido
Abriéndose las venas, y camina
Á la tumba con paso decidido.

Y lo sabe Nerón, y, amedrentado,
La hace retroceder... Y como sombra
Escuálida, Paulina, que ha vaciado
La mitad de su vida, nos asombra!

Tal es el alma de la raza nuestra,
Que entre el ser y el no ser, suspensa vaga,
Cual la viuda de Séneca, siniestra
Visión de lo que fué, luz que se apaga...

¿Quién, respirando en paz, logra que fluya
Su vida en ondas claras y serenas?

¿Quién sabe si mañana será suya
Su heredad ó la sangre de sus venas?

¿Quién sabe si en el vaso donde moja
Sus labios ó en el aire que respira,
Está la baba, el hálito que arroja
Ese verraco tañedor de lira?

Porque las flores den más grato aroma,
Abona de cadáveres la tierra.

A su madre asesina, incendia á Roma;
El vientre aplasta que su prole encierra.

Harto de hollar bellezas femeninas,
Su boda con Pitágoras consuma;
Y le guardan las águilas latinas
Que con el peso de su lecho abruma.

Como si el mundo, imbécil y pasivo,
No supiera que el hilo de esa vida
Pende no más del brazo vengativo
Que á cortarlo de un golpe se decida;

Cual si á las potestades del Infierno
Y el Cielo, sorprendiendo aletargadas,
Hubiese arrebatado el cetro eterno,
Las armas y centellas afiladas;

Un hombre solo á todo su linaje
Viola, con sanguinaria calentura,
Sin que el rayo de Júpiter le ataje,
Sin que el mundo reprima su locura.

Pero el rayo de Júpiter esconde
El filtro que te doy. No me aventuro.
¿Juras matar al César?—Y responde
La liberta gentil:—Matarlo juro.—

.
.

Y la culta ciudad de los romanos
Alumbra el sol, un día y otro día;
Y allá, leyendo versos ovidianos,
Sueña, en su nido, Lálage sombría.

Garza que al buitre del Olimpo espera,
Siente curiosidad, terror y anhelo
De ser cogida por la garra fiera
Y de probar el vértigo del cielo.

Ante el espejo su plumaje alíña,
Y se acicala y peina, cuidadosa.
Quiere abatir al ave de rapiña,
Pero desea parecerle hermosa.

Y pensando en Nerón, Lálage duda
Si la engañó su instinto, porque pasa
Un día y otro día, sin que acuda
El mensaje á la puerta de su casa.

Pero una noche se detuvo, al cabo,
Delante de su puerta, una litera;
Y dijo, requiriéndola, un esclavo
Con sigilosa voz: «Nerón te espera.»

Y la respiración casi le falta
Al oír el mensaje soberano;
Y ella misma no sabe por qué salta
Su corazón, que oprime con la mano.

Y se deja llevar, como en esquife
Que empujan blandamente las sirenas,
Á estrellarse en incógnito arrecife
Ó á playas luminosas y serenas.

Cruza la calle tenebrosa, el puente
Sobre el Tiber, el pórtico sonoro,
Y ve la estatua de Nerón, enfrente
De las columnas del *Palacio de oro*.

Mira enlodarse el zueco y el coturno,
Surgir al aire libre, sin misterio,
Las sombras del delirio taciturno
De la enorme cabeza del Imperio.

Y en la litera conducida, llega
Hasta el fondo de obscura mancebía,
Donde la hez de Roma se congrega
Á celebrar la neroniana orgía.

Entre rameras, mimicos é histriones,
Hercúleo mocetón la lira suena;
Y le corean hembras y varones,
Imitando el zumbiar de la colmena.

Belleza femenil, fuerza de toro,
Solo él, á esas impúdicas mujeres
Que derrocharon el vital tesoro,
Puede resucitar á los placeres.

La cítara de pronto le da tedio;
Se arremanga la túnica de esclavo,
Y paseando la mirada, en medio
De la canalla vil, con aire bravo,

—Ea, probemos: á bregar conmigo
(le dice á un gladiador ó saltimbanco)
¿No vienes á luchar? Haz lo que digo,
Ó esas orejas de lebrete te arranco.—

Y se abrazan los dos, y forcejean
Cual troncos agitados por el viento,
Y sus hinchadas venas azulean,
Y al suelo van con impetu violento.

Implorando perdón, cae de hinojos
El vencedor, y el otro, jadéante,
Ruge, y oculta el fuego de sus ojos,
Enjugando el sudor de su semblante.

Su frente no ciñó, cual otras veces,
De fresco lauro ni de flores tiernas,
Y su labio quizá manchan las heces
Del ventrudo tonel de las tabernas.

Pero esa misma boca tiraniza
El orbe entero, de su voz pendiente,
Y la estirpe cesárea, diviniza,
Como fulgor olímpico, su frente.

Dice á la turba disoluta: —Idos,
Y dejadme con Lálage. Ya es hora
De que regale un poco mis oídos
La música de amor, dulce y sonora. —

A media luz, del aposento dueño,
Con Lálage se queda; y, silenciosas,
Pasan, ante el triclinio, como un sueño,
Ninfas sin velo, derramando rosas.

Es el emperador. Por él decae
Entre la gente noble, la costumbre
De morir cual la fruta que se cae
Del árbol por su propia pesadumbre.

Amigo de cortar lozanas vidas,
Esquilma el árbol de su propia raza,
Que, al callado fluir de sus heridas,
Enrojecer el Tíber amenaza.

Pero su misma auréola sangrienta
Á Lálage fascina y enloquece;
Y en brazos de Nerón, no se da cuenta
De si quiere á Nerón ó le aborrece.

Frágil mujer, la pobre no sabía
Que á la lógica humana no se ajusta
La realidad del mundo en que vivía,
Y la imprevista realidad la asusta.

Tiembla pasiva y arrullar se deja;
Y en su aturdimiento y loco pensamiento,
Ve la imagen de Mevio que se aleja,
Como bruma barrida por el viento.

Llena su corazón de acre delicia,
Sentir trocado en céfiro liviano
El huracán augusto, la caricia
De la garra de tigre del tirano.

Y en medio del turbión que la enajena,
Si un instante su espíritu consulta,
Siente un impulso que á Nerón condena
Y otro, más poderoso, que le indulta.

¿Por qué? Ni ella lo sabe, ni á sí mismo
Puede medirse el corazón humano,
Que es en el hombre tenebroso abismo,
Y en la mujer impenetrable arcano.

Vuelan las horas, el delirio crece.
Si á recordar el juramento acierta,
Como sobresaltada, se estremece
La flaca voluntad de la liberta.

Pasa la fiebre de Nerón. Sucede
Al hartazgo brutal, sueño profundo...
Lálage, entonces, en su boca puede
Verter el filtro que liberte al mundo.

Mas no será. Dominador del orbe,
Su poder al espíritu se extiende.
Mevio no existe ya: Nerón la absorbe;
Lálage de sí misma le defiende.

«Porque las flores den más grato aroma,
Abona de cadáveres la tierra.
A su madre asesina, incendia á Roma,
El vientre aplasta que su prole encierra.»

No importa. Ella le ama; sí, le ama
Y le despierta y se lo dice todo,
Abierto el corazón que se derrama,
Desfallecido, trémulo, beodo.

—Yo te amaba, creyendo aborrecerte.
Yo te adoro, señor, yo soy tu esclava.
Tú eres el grande, el luminoso, el fuerte.
En tí mi vida empieza, en tí se acaba.

Tú eres la nube que tronando vuela;
Yo soy la gota que, al pasar, recoge.
Tú eres el mar; yo soy la pedrezuela
Que espera que la arrastre y que la moje.

La pedrezuela soy que el mar halaga
Al llegar á la playa, bonancible.
¿Qué me importa si el mar mundos se traga
En sus horas de cólera terrible?

¿Qué me importa saber si alguna gota
De sangre del bajel hecho pedazos,
En esa espuma delirante flota,
Que me hace enloquecer con sus abrazos?

Impura meretriz, era mi pecho
Virgen, en la región más escondida.
Exhausta me creía, cuando has hecho
Brotar en él la fuente de la vida.

¡Y envenenarte quise! Yc que diera
Mi vida por salvarte!... Aquí te entrego
El filtro abrasador de la hechicera.
Quise abrasarte, y me devora el fuego!—

Restrégase los ojos, indolente,
Y se incorpora el hijo de Agripina;
Y el pomo que le dan, maquinalmente,
Con soñolientos ojos, examina.

Pero su cobardía le despierta.
Salta cual buey del tábanò picado.
—¿Quién te lo dió?—le dice á la liberta,
Mirándola, medroso y azorado.

—Habla, ¿quién te lo dió?... —Cual si esta
Que repentina claridad destella, [frase,
Á Lálage de un sueño despertase,
Mevio, pujante, resucita en ella.

¡Delatarlo! Jamás. Él la ha impelido
Á esta pasión, desamorado y ciego;
Pero en aquel instante, sumergido
En un mar de piedad, se apaga el fuego.

El silencio de Lálage exaspera
La pavura del César que imagina
Que el abortado plan empresa era
De algún partido que su trono mina.

Y al cogerla Nerón, con fuerza ruda,
Por la garganta, su dolor reprime,
Pálida y aterrada, pero muda,
Como la estatua del dolor, sublime.

—¿No me conoces, vibora traidora?
Mírame. ¡Soy Nerón! Yo te prometo
Que á conocerme vas. Esa es tu hora.
¿Quién te ha dado ese filtro? Hablas... ó aprie-

Una suprema fuerza la constriñe [to.—
Á enmudecer aún, ante la ira
Que con mano brutal su cuello ciñe
Y con ojos famélicos la mira.

No habla. Nerón aprieta. El rostro yerto
Tórnase azul, vidriosa la mirada,
Y rueda por el suelo el tronco muerto
De la infeliz mujer estrangulada.

DON JUAN LUIS ESTELRICH

EL ARCO DE SANTA MARÍA DE BURGOS

Á Anselmo Salvá.

I

Yo te saludo, oh pórtico
De torres coronado,
Á los severos númenes
De Burgos consagrado,
Y á las edades póstumias
Favor y admiración!...
Al gótico y al árabe
El italo se enlaza
En tí, como en los gérmens
De nuestra misma raza,
Y así naciste al impetu
De extraña inspiración.

II

Sin respetar las épocas
Que audaz el arte humilla,

Tus Jueces integérrimos,
Tus Condes de Castilla,
Y tus guerreros inclitos,
Y el victorioso rey,
En tí, en efigies, álzanse
Graníticos y rudos;
Y, sobre tantos próceres,
Los civicos escudos
So el sitio en que dictábase
La castellana ley.

III

Y vive el ángel místico
Más alto que las leyes;
La Virgen de las vírgenes
Sostiene al Rey de reyes
Sobre las viejas gárgolas,
Bañada por la luz;
Y al rematar la cúspide,
Ya sin terrenos lazos,
Consoladora y rígida
Extiende sus dos brazos
La enseña del católico,
La redentora cruz.

IV

¿Qué afectos á mi espíritu
Infunde tu presencia?
Qué concepción insólita
Dictó á la inteligencia

La creadora línea
Que se discierne aquí?
De torres y de alcázares
La fortaleza y brillo,
La vaguedad simpática
De gótico castillo,
Y pompas de basilica
Se han desplegado en tí!

V

Como patriarca bíblico
Que mora con su gente,
Piadoso abres tu pórtico
Del caserío al frente,
Posado en estas márgenes
¡Guardián de la ciudad!
Y el sol de luces pródigo,
Que el tiempo no desmedra,
Con su fulgor rosáceo
Bañó tu faz de piedra,
Y te infundió sus ósculos,
Corona de la edad!

VI

Ayer pobló tus ámbitos
El general Concejo,
Á un tiempo blando y rígido,
De la Justicia espejo,
Logrando días prósperos
Al pueblo burgalés:

Y hoy, bello tabernáculo,
En tu interior se hacina
El mármol del sarcófago,
La venerada ruina,
El bizantino triptico
Y el destrozado arnés.

VII

Mas no el pasado exánime
Y en mi recuerdo extinto;
La esplendidez cesárea
Del rey Carlos el quinto
Que en indelebles rótulos
Sus hechos escribió;
La medioval anécdota
Que fácilmente crea
Adormecida en éxtasis
La voladora idea
Sobre las grandes páginas
Que el tiempo nos legó;

VIII

Lo que será á los pósteros
Tu generoso empleo
Con la verdad recóndita
Que encierra tu museo
Cuando se torne explicita
Al estudioso afán...
¡Oh, nada, nada á mi ánima
Mayor potencia dióle

Para su vuelo estético,
Como tu propia mole,
Fortísima y aérea...
¡Magnífico titán!

IX

¿Qué afectos á mi espíritu
Infunde tu presencia?
¿Qué concepción insólita
Dictó á la inteligencia
La creadora línea
Que se discierne en tí?
Por ella lo inorgánico
Casi la vida alcanza
Cuando el furor artístico
Sobre la muerte lanza
La imprecación de Lázaro:
«Levántate de ahí».

X

Y sólo por la línea,
Fuente generadora
De la belleza plástica
Que la materia honora,
El arte fué prolífico
Y el entusiasmo fué.
Y en resplandores ópticos,
Sin forma imitativa,
Como me place, yérguese
Con majestad altiva

Sobre estas piedras róseas,
Llenas de amor y fe.

XI

Eternamente infúndeme
¡Querido monumento!
Las fruiciones íntimas
De místico contento
Con que asombrado el ánimo
Responde á tu virtud:
Virtud que las imágenes
Del arte fertiliza,
Y la materia inánime
Asume y diviniza,
Y lleva á nuestro espíritu
Perpetua juventud!

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

Del CANTO ÉPICO

LA BATALLA DE LEPANTO

Allí viene el salvaje beduino
De atezado semblante y ojos fieros;
El Scita ligero, el que al destino
Debió cuna de Egipto en los linderos;
El indomable y bárbaro argelino;
Los de Túnez y Fez bravos guerreros;
Con los hijos del Cáucaso, otomanos,
Negros de Libia y blancos circasianos.

Pueblos, colores, razas diferentes
En desorden extraño confundidos;
De nobles persas las altivas frentes
Entre esclavos se ven envilecidos;
Unos activos, otros indolentes
Contra el cristiano van embravecidos
Juzgando esclavos de su inmunda tropa
Los bellos campos de la rica Europa.

Avanzado al bauprés, la frente oscura
Por fatídica ruga señalada;